

8 de Agosto de 1841. Mas de cuarenta y cuatro dejaron la cátedra: dos por que se murieron, quien por enfermedad grave, quien por volubilidad de genio, algunos por incapacidad intelectual y consiguiente desafecto al estudio, algunos por que se fueron a estudiar Teología Moral y uno por vocación al estado monástico. Entonces no eran raras las expulsiones: se imponian otros castigos por las faltas de aplicacion al estudio, de disciplina y de moralidad; pero la insubordinacion grave se castigaba irremisiblemente con la expulsion, para que el cuerpo escolar marchára a semejanza de un ejército: ordenado, compacto y avanzando. Se tenia la justa idea de que ninguna falta afecta tanto a un cuerpo moral, como la insubordinacion a las autoridades; pero no recuerdo que alguno de mis condiscípulos haya sido expulsado, a lo menos por mi maestro, por que era de un corazon mui bondadoso. De los sesenta y cuatro jóvenes (segun las noticias que tengo) viven los siguientes Señores: Lic. D. Fermin G. Riestra, Gobernador del Estado de Jalisco, Lic. D. Manuel Mancilla, D. Donaciano Brihuega, D. Clemente Cambre, D. Juan N. Diaz de Sandi, Lic. D. José M^a Estrada, D. Luis Estrada, Lic. D. Trinidad Garcia, Canónigo D. Jesus Gordo, D. Juan José Guerra, D. Mauricio Gutierrez, Dr. D. Julian Herrera y Cairo, Dr. D. José M^a López de Nava, Lic. D. Pedro Martinez, D. Manuel Muñoz, D. Felipe Peñaloza, Lic. D. Albino Pulido, Lic. D. Hilarion Romero Gil, Cura de Autlan D. José M^a Sanchez, Presb. D. Basilio Teran, D. Juan N. Vallarta y Lic. D. José M^a Vereca. Me ha parecido lo mas conveniente mencionarlos por el órden alfabético de apellidos, a excepcion del Sr. G. Riestra y el Sr. Mancilla a quienes nombro primero, para darles un publico testimonio de respeto y de tierno recuerdo de colegio: al primero por ser el Gobernador del Estado, y al segundo por haber obtenido el primer lugar en nuestra cátedra. Mis condiscípulos en Gramática Latina fueron casi los mismos que lo fueron en Filosofia. No menciono a mis condiscípulos en los seis años que estudié Derecho, por no molestar a los lectores con una larga lista; pero no puedo callar en una dedicatoria al Sr. Canónigo Dr. D. Agustin de la Rosa ni al Sr. D. José M^a de Jesus Hernandez que viven, ni a otro querido amigo que ya murió y de quien haré luego un grato recuerdo. Por el mismo motivo, de mis condiscípulos morelianos, no me es posible mencionar mas que al Sr. Lic. y Dr. D. Luis G. Sierra.

Me complazco en copiar uno que otro trozo, que todos mis condiscípulos se complaceran en leer, del discurso académico (iné-

dito) que mi inolvidable maestro el Sr. Gutierrez pronunció en la conclusion del curso de Filosofia, y que conservo autógrafo. Durante ese discurso memorable en la aula mayor, que henchia la sociedad selecta de Guadalajara, discurso que forma contraste con los antiguos *vejámenes*, y que el orador tenia que interrumpir con frecuencia por la abundancia de las lágrimas, no hubo ni un palmoteo ni un ¡viva!; no hubo mas que un profundo silencio, pañuelos colocados sobre los ojos y sollozos universales. Dice: "¡O dia ocho de Agosto de 1841!, tú viviras eternamente en mi memoria: los años pasarán, y tu doloroso recuerdo será mientras me dure la vida, fecundado con las amargas lágrimas que hace derramar una pérdida irreparable. ¡Ah! Fuí alumno de esta Casa y ya no lo soy: Catedrático y dejo de serlo: Padre de una numerosa y mui apreciable familia, y hoy me veo en la dura necesidad de separarme de mis caros hijos. . . . En la triste situacion en que ahora me hallo, solamente el profundo respeto que debo á un público ilustrado que tan benignamente me escucha, podrá suspender un tanto las sentidas querellas de mi adolorido corazon. Usad, pues, conmigo, Señores, de toda vuestra indulgencia, y considerando que el dolor, lo mismo que las otras grandes pasiones del hombre, sigue el impulso de la naturaleza, sin sujetarse á las reglas que el arte le ha querido fijar, no querais exigir de mí un discurso acabado en todas sus partes, limado con el ingenio y trabajado con la esmerosa industria de un orador."

"Despues de haber recorrido las tres primeras cátedras de latinidad, llegué á fines del año de 37 a la cátedra de mayores y retórica. Estoy mui léjos de usurpar aquí aquella profunda moderacion de Marco Tulio, para aseguraros que me he versado medianamente en el idioma latino: creo sin embargo poder decirlos con verdad que le tengo una pasion decidida (1). De ahí es que todo el tiempo que gasté en su enseñanza, tomé el mayor empeño que me fué posible para que mis discípulos lo aprendieran, no ciertamente con toda la perfeccion que sería de desear, sino al menos cuanta permitia la escasez de mis conocimientos. Un trabajo asiduo é ímprobo en el cultivo de éste idioma, en cuyo seno se encuentran depositados los mas preciosos tesoros del saber humano, y cuyo conocimiento ha venido á hacerse necesario, por ser este el idioma comun á los sabios de todos los pueblos

[1] Como recordarán las personas de ese tiempo, mi maestro era de los primeros latinos de Guadalajara, y el que le escribia las mas veces al ilustrísimo Sr. Aranda sus cartas al Santo Padre, de las que ví algunos borradores.

caltos, y honrado además por el uso que de él ha hecho nuestra santa Religión, jamás lo tuve por mal empleado; al contrario, ¡cuanta era mi complacencia viendo la facilidad y exactitud con que mis discípulos lo hablaban!, ya virtiendo al castellano las obras clásicas de la prosa y la poesía latina, ya ejercitándose en imitar los grandes modelos que tenían entre manos.”

“Concluidos los bellos estudios de literatura, pasamos á los más serios de filosofía. Algunos jóvenes muy recomendables que habían hecho sus estudios de latinidad en otros colegios, de Méjico, Zacatecas y Leon, se me reunieron al abrir mi curso de artes.”

“No tengo ciertamente la loca presunción de creer que el resultado (de la enseñanza de la Filosofía) haya correspondido á mis deseos; sin embargo, el público ilustrado que ha visto las funciones literarias de mis discípulos en los tres años del curso, podrá apreciar en su justo valor nuestros trabajos.”

El último párrafo del epílogo me parece un modelo de oratoria. Dice a sus discípulos: “¡Ah! Dispensadme que no os dé el último adiós: mi corazón se entenece hasta las lágrimas, y mi alma sensible no puede resolverse a esto. Dispensadme igualmente si no os dí la instrucción que debía, y si al juzgar de vuestros talentos, aplicación y aprovechamiento, no os he colocado en el lugar que justamente mereciais, apesar de lo mucho que consulté en el particular: tened entendido que ambas cosas son defectos propios de mi pobre entendimiento; pero nunca de mi voluntad: mi corazón es todo vuestro: él os pertenece por la conquista que de él habeis hecho: mi tierno afecto.... ¡Ah!.... ¡días pasados!.... ¡suerte inevitable!.... Ya no puedo continuar.... Idos en paz, dejadme: sí, dejadme aquí entregado á la vehemencia de mi dolor. Si la memoria de vuestro maestro os fuere grata, pedid á Dios por él y no olvidéis sus últimos consejos.”

Hace bastantes años que deseaba dedicar un folleto á mis amados maestros y condiscípulos, y la suerte ha querido que sea este, hablando el lenguaje del dolor al frente de una composición joco-seria. Así vemos con frecuencia levantarse un sepulcro en una risueña campiña. Esta dedicatoria es un monumento de luto. Las almenas de mi Seminario de Guadalajara se me presentan con frecuencia en lontananza, como la mitad de las páginas de mi vida, y hacen asomar á mis ojos las lágrimas. Los más de los condiscípulos estamos separados por la ausencia, y todos guardamos una situación diversa: uno domina en el púlpito, otro en

el foro, otro en la cátedra, otro en la prensa periódica y otro en la administración pública: quien es como un roble situado en la cima de la montaña, combatido y quizás tronchado por el huracán; cual, á semejanza de un árbol frondoso cargado de frutos y acariciado por las brisas, vive en una sociedad muy culta, rodeado de los respetos debidos á los grandes talentos, al saber ó á las virtudes; este se ha encerrado en el hogar doméstico con sus amados libros y su caudal de conocimientos; aquel enseña á una pobre juventud el idioma latino, allá cerca de las montañas del Nayarit, y es tan benemérito de la patria como el profesor del Colegio de Minería; aquel otro disfruta de los goces de familia, mirando con filosófica indiferencia la sociedad mexicana con sus reputaciones literarias, sus puestos públicos, honores y riquezas, como si fuera una comedia: con sus sabios, que son pocos, y su turba de charlatanes; con sus puestos públicos y sus honores; algunos adquiridos por el voto del pueblo u otra manifestación de la disposición de la Providencia; otros con la pistola, y otros (que son los más seguros) con suavísimas artimañas; con sus riquezas: unas adquiridas con el propio sudor ó el de los buenos padres ó hermanos ó de otro modo lícito, y otras con estafas, y otras con el agio, y otras con el contrabando, y otras con la quiebra fraudulenta con maneras hipócritas hecha aparecer inculpable, y otras con el peculado, y otras con los cohechos, y otras por casamiento con rica vieja ó muchacha, y otras por herencia ó albaceazgo de una vieja ó viejo celibatario, engañado con falsas promesas y gazmofierias, y otras con *dinero hallado*, etc., etc., etc. (1).

¡Algunos de mis maestros y muchos de mis condiscípulos han fallecido! De los segundos, unos murieron en la flor de la juventud y de su carrera literaria, víctimas del estudio ó de la tempestad de las pasiones, y otros han muerto en edad avanzada, como Rafael Avelar, que se ponía los anteojos para traducir á Cicerón, y á quien en edad octogenaria han cerrado los ojos sus segundos nietezuelos. Unos murieron en el apostolado de los campos, como Francisco Gonzalez, Cura de Cuquio, Trinidad Esparza, vicario de Teocalti-

(1) Como los que concluimos el curso fuimos 64, apesar de mi buena memoria, hasta después de impresas las páginas anteriores me he acordado de otro de dichos Señores: el Lic. D. José M. Echeverría, vecino de Zacatecas, en donde ha desempeñado empleos honoríficos, como el de magistrado. Desde la misma conclusión, no he vuelto á ver ni he tenido relación alguna con este condiscípulo, y por no estar al tanto del personal de Zacatecas, hace tiempo que no tengo noticia del mismo Señor. También me ha venido dada de sí el Sr. Brihuega con-oluyó el curso de Filosofía.

che, y Guadalupe Marquez, vicario de Juanacatlan; otros fallecieron en la paz de la familia y de la religion, como los Licenciados Francisco Aldana, Tomas Brizuela, Ignacio Calvillo y Juan Hernandez, y los Médicos Francisco Adame e Ignacio Lopez Portillo, y otros perecieron en un lance desastrado, como el Lic. Antonio Vizcaino. Unos murieron en la riqueza, rodeados de numerosa servidumbre, como el Lic. Juan Nepomuceno Delgado, Mariano Parra y Jesus Reyes, y otros murieron en la soledad y en la miseria, como el Lic. Julian Constantino Estrada, que desde la tribuna de uno de los mas notables Congresos de la Union bajó hasta una choza de Jamay, en donde pasó sus últimos años y en donde está su supultura, sin mas señal ni mas amigo que el césped, y que desde hoy ya no será ignorada. Juan Calera murió arreando un hatajo de burros, y Benito Ruiz ha fallecido en edad septuagenaria en Malpaso, haciendo iglesitas de popótes para vender, tristes artefactos que no tenían demanda, y que me mostró en Agosto de 1874 que estuve en dicha hacienda. Francisco de Paula Maldonado murió en un puesto elevado, siguiéndole las honras fúnebres correspondientes como Gobernador del Estado de Sinaloa, y otros murieron en el poso de las adversidades humanas, como el Presbítero Benigno Rencoso, que murió en un hospital de locos, e Ireneo Gil, que es tuvo bastantes años loco y (me parece) tambien murió loco. El fuego excesivo consume pronto el aceite de la lámpara y se apaga. Un pensar fuerte y constante apagó la vista y a los 57 años destruyó lo organizacion del digno sucesor de los Portugal, los Abad y Queipo, los Frai Antonio de San Miguel, los Sanchez de Tagle y los Quiroga. El sol se eclipsó antes de tocar en el ocaso. En 1867 vi por la última vez en Roma al sabio ciego, cinco meses antes de que bajara a las orillas del Tiber, y permanecieran perpetuamente en mi memoria sus últimas conversaciones tan científicas como siempre, y sus últimas palabras tan cariñosas como cuando era niño. Mi amadísimo maestro el Sr. Diaz Garcia ha ocupado durante cuatro lustros el pulpito de la capital de México con aplauso universal; pero su elocuencia profundamente sentimental, es como el bálsamo que destila el tronco del árbol que ha sufrido la incision del hierro! Mi muy amado maestro el Sr. Castillo, encorbado sobre su bordon bajo el peso de setenta y nueve años, está al borde de la sepultura, y mira allí el término de una docta cátedra y de un bufete pobre, pero honrado! Y de mi maestro el Sr. Gutierrez no quedan ni

las cenizas, porque fueron arrojadas a los cuatro vientos! (1).
 Muchos no comprenderán esta dedicatoria, porque la vida escolar de hoy es muy diversa de la de hace cuarenta años. Entonces las paredes del colegio hablaban y tenían recuerdos, como hablaban a Ciceron. Entonces el maestro y los discípulos durante cuatro años, vivian la vida del sentimiento y en una especie de familia. Yo cuento entre mis mas preciosos manuscritos, una carta escrita por el Sr. Munguia de su propia letra a mi padre, siendo yo un niño de doce años: callo los términos de esta carta y de otras muchas de mis maestros. Entonces, el dia de la conclusion del curso de Filosofia era un dia de grandes emociones y de perpetuos recuerdos. Yo ví llorar a muchos catedráticos al pronunciar su discurso de conclusion del curso, y no se han borrado de mi memoria dos frases, que a la edad de quince años le oí al actual Sr. Chantre Lic. D. Jesus Ortiz (discurso inédito), cuando al recordar a tres de sus discípulos que habían muerto durante el curso, exclamó: "Ay! ¡Las flores de vuestra aula se convirtieron en los cipreses de un cementerio!", y cuando al dar consejos a sus discípulos que aspiraban al sacerdocio, les dijo: "No busqueis el yellon del cordero, sino al Cordero que se adora en el altar." El mismo Sr. en unos versos que ese mismo dia dirigió a sus discípulos y conservo impresos, les decia:

Y en pais remoto y en lejanos climas,
 Estudiad, estudiad, que el hombre culto

Jamas descansa ni el trabajo olvida.

Las relaciones estrechas entre el maestro y los discípulos no concluian con la cátedra, sino que duraban hasta la muerte. Los discípulos seguian al maestro a Ixtlahuacan del Rio, a Tequila, a Tototlan, a Arandas, a la orilla de los lagos, al centro de las montañas en donde residia, y dentro de cuya casa vivian en temporadas: la libreria, la despensa, la huerta, los caballos y el carruaje les pertenecian. Y si pasados luengos años, el discípulo

[1] Su cuerpo fué sepultado en el presbiterio de la iglesia del Colegio de Niñas de S. Luis Potosí el dia 15 de Marzo de 1860. En varias temporadas la iglesia estuvo cerrada y el colegio sirvió de cuartel. Un Cura del Potosí me refirió que cuando se concluyó la Catedral de ese Obispado, los SS. Canónigos trataron de trasladar a ella los despojos mortales de mi maestro, hacerle honras fúnebres y nombrarme a mi orador; pero que no se halló el cuerpo, como tampoco el de Doña Maria Antonia Barajas, hermana del Sr. Obispo, que estaba sepultado en la misma iglesia.

llegaba a ser Obispo o Presidente de la República, aunque el maestro fuera un viejo Cura de pueblo, le daba el lado derecho y lo trataba con los antiguos respetos y cariño, y el maestro trataba al Obispo y al Presidente de la República con el antiguo *tú* (1). Así se vió, según sé por un testigo fidedigno, entre el Ilustrísimo Portugal y su maestro el Dr. D. Jesus Huerta, Cura de Atotonilco el Alto, y entre el mismo Dr. Huerta y el Presidente Bustamante. Y también se vió que propuesto por el Gobierno un maestro para un obispado, lo rehusó, solicitó que se nombrara a un discípulo y asistió a su consagración como padrino. Así sucedió y fué público y notorio entre dos SS. Canónigos de Guadalajara: el Sr. Dr. D. Pedro Barajas y su discípulo el Sr. Dr. D. Carlos M. Colina, respecto del obispado de Chiapas.

Esta dedicatoria es una página de recuerdos; página sencilla y descolorida como todas mis producciones. Es la vista de muchos naufragios. Es el canto monótono del ave al caer las hojas secas. Es un tiesto de barro que contiene la planta del *geranio*. Es una rama de siempreviva marchita con el calor de mi alma (2). Y después de tantos naufragios ¿qué puedo yo esperar?... La cabeza blanca... el sol de la vida a la caída de la tarde... ¡Venid, amigos libros!, ¡ven, amiga pluma!, ¡venid, bondadoso Juan y socarrón Francisco, a disipar con vuestra festiva conversación tan tetricos pensamientos! ¡Venid a alegrar mi crepúsculo vespertino!

Oseperala juventud. Mas acordaos de que no sois cortesanos. Los cortesanos no sirven a la juventud ni a nadie. En esas sentinas que se llaman *cortes*, la conversación de dos que se dan el nombre de *amigos*, es como la posición de dos ejércitos enemigos que se están temiendo y espionando mutuamente. Tienen siempre una dulce sonrisa, y nunca emiten una palabra de enérgica y útil verdad y de castellana franqueza. Sus modos de pensar, sus sentimientos, sus negocios, los guarda cada uno en su corazón como con llave y no los comunica al otro, o se los comunica a medias, o en sentido contrario. Hablan y obran como con compas: con el compas

[1] "En la lengua española, dice Chateaubriand, dice más que en ninguna otra este tierno pronombre del amor y de la amistad." (Aventuras del último Avencerrage).

[2] En el lenguaje de las flores el geranio significa la tristeza. (Trai Manuel de San Juan Crisóstomo, Discurso académico pronunciado en el Colegio de San Juan de Guadalajara en 1845).

del cálculo metálico o político, del egoismo, de la avaricia, de la envidia y de otras viles pasiones. Huid vosotros de esta falsedad y de esta ruin y antievangélica etiqueta. Tened en vuestras palabras y modales la dulce expansión de la verdadera amistad. Llamad al *pan, pan* y al *vino, vino*; pero sin proferir jamás palabra alguna que no puedan escuchar los oídos de la niñez y de la juventud. Vuestra conversación parecerá insípida a aquellos a quienes no agrada más que el *talento* y las *gracias* de la traición, de la seducción, del puñal y del veneno; porque con la lectura de novelas, dramas y poesías de la *cité*, se ha estragado su gusto literario, como se ha estragado el gusto material de aquellos a quienes ya no les gusta otro vino que el ajeno ni otro tabaco que el zafio y enloquecedor. Vosotros cumplid vuestra misión, que no es favorecer la *bella literatura fea*, sino al contrario, combatirla. Servid con vuestra sencilla conversación a la estudiosa juventud, la porción más interesante de la sociedad, deleitándola, y al propio tiempo dándole útiles documentos literarios: *delectando pariterque monendo*.

Lagos, 25 de Diciembre de 1881.

AGUSTIN RIVERA.

del cálculo metálico o político del egoísmo de la vanidad de la
envidia y de otras viles pasiones. Huid vosotros de esta falsa
dad y de esta vanidad y anárquica epidemia. Tened en vras
tra palabra y modales la dulce expansión de la verdadera amis-
dad. Llamad al amor y al bien, pero sin profetizar jamás
palabra alguna que no pueda escucharse los oídos de la niñez y
de la juventud. Vuestra conversación parecerá inapropiada a aque-
llos a quienes no agrada más que el talento y las gracias de la
trición, de la seducción, del puñal y del veneno; porque con la
lectura de novelas, dramas y poesías de la ópera, se ha estragado
su gusto literario, como se ha estragado el gusto material de a-
quellos a quienes ya no les gusta otro vino que el ajeno ni otro
tabaco que el raso y empolvorado. Vosotros cumplid vuestra
misión, que no es favorecer la bella literatura, sino al contra-
rio combatirla. Servid con vuestra sencilla conversación a la
estudiosa juventud, la porción más interesante de la sociedad
deletando y el propio tiempo dándole útiles documentos liter-
arios: delectando y fortaleciendo su mente.

Lagos 25 de Diciembre de 1881.

AUGUSTO RIVERA



Los Dos Estudiosos a lo rancio.

PRELIMINAR.

EN esta nación que le dicen por chanza la República Mexicana hai dos hombres dedicados al estudio que son una especie de anacronismo. No tienen nombres retumbantes, como el de Agorante Rey de la Nuvia y el de D. Onofre Echevers Valdivielzo Vidal de Lorca, Marques de San Miguel de Aguayo y Santa Olalla; ni nombres egregios tomados de los clásicos gentiles, como Fabio, Silvio, Erasmo, Melancton, Ipandro Acaico, Mahoma etc.; porque sus padres, afectos a la sencillez, les pusieron *Juan y Francisco*. Ambos son laguenses y ancianos, y por esto afectos al estudio tal como se hacia en nuestra República hace mas de cuarenta años. Juan se educó en el Seminario de México, vive en esta capital y hace poco tiempo estuvo en Lagos por vacaciones, y Francisco comenzó su carrera literaria en el Seminario de Morelia, la continuó y concluyó en el de Guadalajara y vive en Lagos: los dos son amigos desde la infancia. Juan es bastante alto, seco de carnes y algo encorbado; tiene el color pálido, los ojos grandes y negros, la nariz aguileña, la frente ancha y con prominencias, indicio de su despejada inteligencia, el sobrecejo casi siempre arrugado y una berruga sobre el ojo izquierdo. Es grave en sus palabras y modales, padece una hepatitis y su temperamento es el nervioso-bilioso. Francisco es de baja estatura, gordo y obeso; tiene la frente corta, los ojos pequeños, color de aceituna y vivaces y la nariz de forma griega, que llamó la atención a los seminaristas de Morelia luego que lo vieron, y a los de Guadalajara luego que lo vieron. Siempre está de buen humor, y parece un hombre ligero, que no sabe pasar el mar ni vencer ninguna dificultad. Su temperamento es el san-